

TEXTOS

El amor, fuerza profunda de las acciones humanas

Al vernos forzados a iniciar por algún punto esta sección de textos, hemos preferido elegir uno de aquellos en que nos parece se revela esencialmente el espíritu agustiniano: la ordinata dilectio. Pero antes de hablar de ordenación y jerarquía de los amores, es conveniente identificar la existencia y trascendencia del amor en orden a la acción, perfeccionamiento o perversión del hombre.

Ofrecemos, pues, en este primer número, un manojo de fragmentos en los que se manifiesta el amor como la fuerza profunda y total que impele al hombre a obrar desde sus más secretas raíces.

1. «El cuerpo por su peso tiende a su lugar. El peso no sólo impulsa hacia abajo, sino al lugar de cada cosa. El fuego tira hacia arriba, la piedra hacia abajo. Cada uno es movido por su peso y tiende a su lugar. El aceite, echado debajo del agua, se coloca sobre ella; el agua derramada encima del aceite, se sumerge bajo el aceite; ambos obran conforme a sus pesos, y cada cual tiene su lugar. Las cosas menos ordenadas se hallan inquietas: ordénanse y descansan. Mi peso es mi amor; él me lleva doquiera soy llevado». (Confes. XIII, IX, 10; trad. P. Angel C. Vega, O. S. A.)
2. «Existe un amor con el que se ama lo que no debe amarse, y este amor lo odia en sí mismo el que ama aquél con que se ama lo que debe amarse. Los dos pueden coexistir en un mismo sujeto. Y el bien del hombre radicará en esto: en que, medrando aquél por el que vivimos bien, desmedre éste por el que vivimos mal, hasta que logremos una salud perfecta y se trueque en bien toda nuestra vida. Si fuésemos bestias, amaríamos la vida carnal y lo conforme al sentido. Esto sería un bien suficiente para nuestros deseos, y, yéndonos bien en él, no buscaríamos más. Asimismo, si fuéramos árboles, no podríamos amar cosa alguna con conocimiento sensitivo, pero apeteceríamos todo aquello que nos tornara más feraz y fértilmente fructuosos. Y, si fuéramos piedras, agua, viento, fuego o algo por el estilo, sin sentido y sin

TEXTOS Y GLOSAS

vida, no nos faltaría una especie de tendencia a nuestros propios lugares y órdenes. Las tendencias de los pesos son como los amores de los cuerpos, bien busquen con su pesantez lo bajo, bien con su levedad lo alto, pues como el ánimo es llevado por el amor doquiera vaya, así el cuerpo lo es por su peso». (De Civ. Dei, XI, 28; trad. P. José Morán, O. S. A.)

3. «¡Qué cosas no hace el amor! Hartas veces el amor es reprobable y lascivo; mas ¡qué fatigas arrostran los hombres, qué indignidades e intolerables acciones no realizan, ya sea por amor al dinero, lo que se llama avaricia; ya por amor a la honra, lo que se dice ambición; ya por amor a la belleza corporal, lo que se llama lascivial ¿Quién puede numerar todas las especies de amor? Pues ved ahora cómo, sin embargo, todos los amadores trabajan, sin sentir lo que padecen, y redoblan los esfuerzos a tenor de las dificultades. Siendo, pues, los hombres en su mayoría cuales son los amores (el toque de la vida se cifra o está en saber elegir el amor), ¿qué te pasmas si quien pone su amor en Cristo y quiere seguirle se niega a sí mismo por amor?». (Sermón 96, 1, ML. Trad. P. Amador del Fueyo, O. S. A.; BAC, 59,1).
4. «El amor no puede vacar. Pues en cualquier hombre ¿quién obra, aun el mal, sino el amor? Muéstrame uno que se haya dado al amor y no obre nada. Los crímenes, los adulterios, los atentados, los homicidios, toda clase de lujuria ¿no los obra el amor? Purga tu amor; el agua que corre a la cloaca, canalízala a tu huerto: las impetuosas tendencias hacia el mundo, diríjalas al artífice del mundo. ¿Acaso se os dice: no améis? De ningún modo. Seréis perezosos, estaréis muertos, seréis dignos de desprecio y miserables, si no amáis algo... Amad, pero considerad lo que amáis. El amor de Dios, el amor del prójimo se llama caridad; el amor del mundo, de este siglo, se llama cupiditas». (Enarrat. in ps. XXXI, 5).
5. «La belleza del cuerpo, bien creado por Dios, pero temporal, ínfimo y carnal, es mal amado cuando su amor se antepone al de Dios, bien eterno, interno y sempiterno. Así, cuando un avaro ama el oro abandonando la justicia, el pecado no es del oro, sino del hombre. Y así se ha toda criatura, pues, siendo buena, puede ser amada bien y mal. Es amada bien cuando se guarda el orden, y

TEXTOS Y GLOSAS

mal cuando se perturba. He expresado brevemente esta idea en verso en un elogio del Cirio: Estas cosas son tuyas y son buenas, porque tú, que eres bueno, las creaste. Nada nuestro hay en ellas sino nuestro pecado, al amar en tu lugar lo creado por tí, invirtiendo el orden». (De Civ. Dei, XV, 22. Trad. del P. José Morán, O. S. A.).

6. «¿Quién será capaz de enumerar la infinidad y gravedad de los males a que está sujeta la sociedad humana en esta mísera condición mortal?... Y ¿qué decir de los choques del amor, descritos por el mismo Terencio, injurias, sospechas, enemistades, guerra hoy y mañana paz? ¿No es verdad que las copas humanas rebosan de estos licores? ¿No es verdad que esto sucede también con frecuencia en los amores honestos entre amigos?» (De Civ. Dei, XIX, 5. Trad. P. José Morán, O. S. A.).
7. «No hubo necesidad de dar un precepto para que el hombre se amase a sí mismo y también a su cuerpo; lo que somos y lo que es inferior a nosotros, como pertenece a nosotros, lo amamos por la ley inviolable de la naturaleza, lo cual también se promulgó en favor de las bestias, porque todas las bestias se aman a sí y a sus cuerpos. Restaba que se nos entregasen preceptos para amar lo que está sobre nosotros y lo que se halla junto a nosotros. El evangelista dice: Amarás a tu Dios y Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente; y a tu prójimo como a tí mismo. En estos dos preceptos se incluye toda la ley y los profetas» (De Doctr. christ. I, 26, 27. Trad. P. Balbino Martín, O. S. A.).
8. «Si quieres, pues, evitar la miseria, ama en tí esto mismo que es para tí la razón de querer ser, porque cuanto más y más quieras ser, tanto más te aproximarás al que es por excelencia (...) Así, pues, cuanto más amares el ser, tanto más desearás la vida eterna y con tantas más ansias desearás ser formado de manera que tus deseos no sean temporales, ni injustos, por causa del amor de las cosas temporales, ni causados por amor de ellas, porque estas cosas temporales antes de ser, no son, y cuando son, dejan de ser, y cuando dejan de ser ya no son» (De lib. arbitr. III, 7,21. Trad. P. Evaristo Seijas, O. S. A.).
9. «Vamos hacia Él no con los pies sino con el amor. Tanto más presente le tenemos cuanto más puro sea el amor con que a

TEXTOS Y GLOSAS

El tendemos. No se extiende o queda incluido en espacios locales, ni se puede ir con los pies, sino con las costumbres a Aquel que en todas las partes está presente en su totalidad. Nuestras costumbres suelen juzgarse, no según lo que cada uno sabe, sino según lo que cada uno ama. Y son los buenos y los malos amores los que hacen buenas o malas las costumbres. Por nuestra maldad estamos lejos de la rectitud de Dios; amando lo recto nos rectificamos, para poder adherirnos a lo recto» (Epist. 155, IV, 13, a Macedonio. Trad. P. Lope Cilleruelo, O.S.A.).